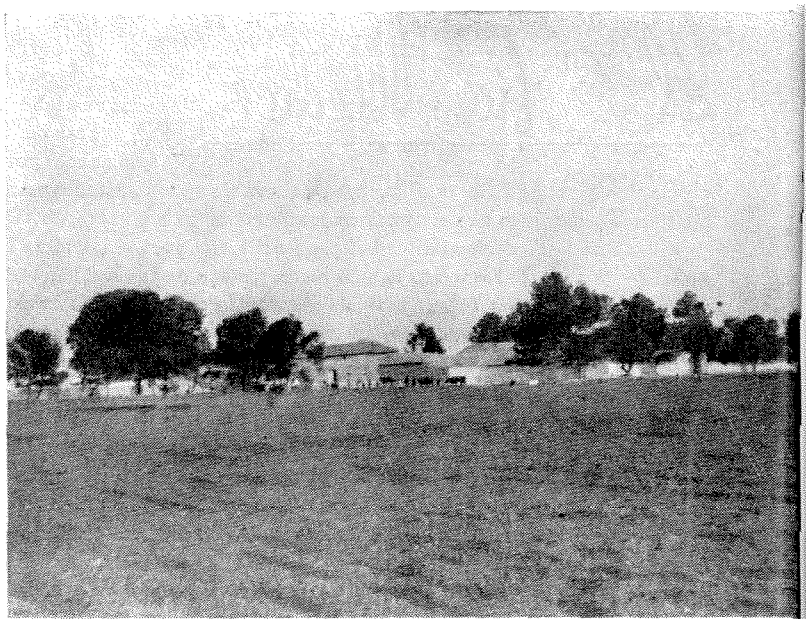


La Carretería de Cosme



Una vista de las edificaciones de la «Casa Paquín»

ISIDRO Montalvo, «Isidro el de Cosme», tenía la Carretería en la calle del Cristo Zalameda, en un caserón inmenso que había donde después hizo su casa Tomás Álvarez. Era aquella una casa lóbrega, con puertas de fuerte armadura y tableros de cuadradillo, pintadas de color de chocolate, unas con grandes clavos, otras sin ellos, pero todas con fuertes herrajes. Patio grande con galerías anchas y columnas de piedra arenisca, vulgares, casa como las de los Racioneros, como las de «La Niña», como la del Guerrero y otras cuya desaparición no acredita buen gusto.

Isidro tenía el taller en una sala grandísima, donde se helaban hasta las palabras, a la derecha del portal y con puerta a la calle que él abrió.

Todas las carreterías tienen por necesidad local grande y pisos de tierra remolida, como las tonelerías, pero la de Isidro parecía una cantera.

Aunque en todas se trabajara la madera había una gran diferencia entre las carpinterías, las carreterías y las tonelerías, por su olor, por su aspecto, por su cuidado, por los detalles de su obra: el carretero era el más descuidado, pero Isidro, dentro de lo que imponía el oficio, era de lo más fino, atento y bromista, que a todas horas tenía el taller embargado por el panete, siendo casi hijos el de las once de la mañana y el de las seis de la tarde.

Al mismo tiempo que Cosme vivía allí «Correillas», el de la diaria de Criptana y bastantes años antes vivieron allí mis abuelos y mi padre recordaba que de chico salía con una cesta en cada brazo a vender pan por las casas, episodio totalmente olvidado por todos menos por él, que conservó el amor al rincón mientras vivió Isidro, siendo contertulio de los panetes.

La tisis se cebó en las familias que ocupaban la casa, acentuando el tinte sombrío de la vivienda. Severino, el hijo mayor, músico competente que gozó fama de artista y al que vi con imprudente frecuencia hasta su muerte, es el caso más impresionante que recuerdo de consunción por tuberculosis. La gente le echaba la culpa a los miasmas de la madera que se difundían malignamente. Hacia muchos años de la muerte de Isidro, al que apenas recuerdo, pero la creencia en la maldad de la madera estaba intacta todavía y aquel local, que durante tantos años fué escenario de bromas y bullangas, vacío y olvidado, sonaba como una tumba al pasar por el portal.